

GARIBALDI—HISTORIA LIBERAL DEL SIGLO XIX

Pocas obras como ésta están destinadas á popularizarse, á ser un consultor histórico del obrero; ya por su concisión y claridad en la narración de los grandes movimientos sociales de este siglo, á partir de la Independencia de los Estados Unidos, como por la razonada exposición de las ciencias sociales que informan nuestros tiempos, mostrándose con sencillo método la ley evolutiva de la humanidad y llevando al lector, por lógicas deducciones, á la concepción de un mejor estado social, en el que no sea posible la tiranía.

Es este libro una pequeña enciclopedia que ahorra muchos libros, condición importantísima, si se tiene en cuenta que, escrita para el oprimido productor, éste no puede proporcionárselos por su inmenso coste.

Pero lo más notable de la *Historia liberal del siglo XIX*, lo que la hace más recomendable, es el elevado criterio revolucionario que campea en sus páginas, infundiendo ánimo al proletario á no cejar en la emancipadora lucha con el acopio de elementos que le presta, ya por la naturaleza y la ciencia, ya por la historia, el derecho y la justicia.

Garibaldi, el héroe que sintetiza el espíritu revolucionario del siglo XIX, es extensamente biografiado en la obra, levantando un modesto y entusiasta monumento á su memoria, porque no puede narrarse un movimiento social de nuestros tiempos sin que aparezca en él la deslumbradora y hermosa figura del que, constante campeón del pueblo, supo hacerse superior á las preocupaciones del autoritarismo político, y pidió su adhesión á la Internacional.

Y así las extraordinarias aventuras del más temible enemigo del Papado salpican los episodios más notables de las luchas populares por el humano progreso, formando con su simpática persona la continuidad de los sucesos.

Y que éstos están bien tratados, lo prueba que los autores del libro han sabido sustraerse á la fascinación de un buen número de autores consultados que, con mágico arte, corrompen los más bellos ideales populares y desfiguran, con el manto de una mentida imparcialidad, esas epopeyas revolucionarias que han asombrado á los reaccionarios de todos matices y han hecho temblar todas las tiranías.

Para dar una idea de la importancia y extensión del libro, nada como extractar el Índice de materias que contiene.

Divídese la obra en tres partes, con estos títulos: «Esfuerzos del pueblo hacia la libertad» (cuadros históricos); «Las ciencias cooperan á la emancipación» (estudios filosóficos), y «La sociedad según la Naturaleza y la justicia» (cuadros sociales). Constituye la parte primera: la independencia de los Estados Unidos; la revolución francesa; las luchas liberales de España; una ojeada á los países europeos y á la América meridional, y las ideas filosófico-liberales difundidas al comenzar este siglo, cuyos trabajos simbolizan la herencia del siglo XIX. Después se biografía á Garibaldi con una revista de los más culminantes hechos revolucionarios de todos los países desde principios del siglo á nuestros días. Constituye la parte segunda: una descripción de las ciencias físico-naturales, descubrimientos é invenciones, explicando el objeto de la ciencia social y los diversos sistemas socialistas, desde la antigüedad hasta los sociólogos alemanes é iniciadores del colectivismo, cuyos estudios se engloban en este subtítulo: «Positivo despertar humano.» Y constituye la parte tercera, lo que se denomina el «Testamento del siglo XIX,» demostrándose la eficacia de la acción colectiva en los grandes problemas, la influencia de las sociedades secretas, de la Asociación Internacional de los Trabajadores, de los Congresos científicos, etc., etc., finalizando con una breve exposición de los principios revolucionarios modernos, la Anarquía y el Colectivismo, y bosquejándose la organización comunal y federativa en la sociedad del porvenir.

Véase, pues, por esta somera reseña de lo que el libro trata, si le hemos calificado con razón de que es una verdadera enciclopedia del obrero.

Excusamos elogios á una obra que tan simpática nos es, porque parecerían interesados. Pero no vacilamos en recomendarla á todos nuestros compañeros de infortunio como una de las mejores que pueden honrar nuestras modestas bibliotecas.

Establecimiento tipográfico-editorial LA ACADEMIA, de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona

ACRACIA

REVISTA SOCIOLÓGICA

Publicación mensual de diez y seis páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Junio de 1886

Año I

N.º 6

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

LA PENA DE MUERTE

UNA desgraciada oportunidad nos mueve á efectuar este trabajo. Es posible que el cadalso se levante en España en la capital de la dominación política y en la de la explotación capitalista, en Madrid y en Barcelona. Tan triste posibilidad, y más aun, si llega á tener cumplido efecto, es para nosotros un asunto importantísimo sobre el que no podemos eximirnos de manifestar nuestra opinión.

Existe fatal desacuerdo entre el médico y el legislador, y el desacuerdo es aún mayor entre el médico y el magistrado. Mientras el uno, conaturalizado con el organismo humano, ve dónde radican todos nuestros actos vitales, tanto los considerados de pura animalidad como los llamados anímicos que, según las antiguas escuelas, proceden del sentimiento, de la inteligencia y de la voluntad, cuya síntesis es el alma; los otros ven los actos separados de su principio impulsor, carecen de competencia y capacidad para el estudio de su génesis, y toman como causa lo que sólo es un efecto relativamente anterior al hecho que juzgan, pero muy posterior á la verdadera causa.

El médico, cuando no se estaciona como empírico adaptador de las observaciones y de las fórmulas de sus colegas más estudiosos, y cuando no degenera en curandero autorizado, puede llegar, y mucho hay adelantado en este camino, á determinar los órganos y el mecanismo que producen los fenómenos morales.

El legislador, tanto en los tiempos del absoluto autoritarismo monárquico como en los modernos de autoridad democrática, desconoce la máquina del pensamiento y el móvil de las pasiones, persistiendo aún en los errores y preocupaciones del misticismo y de la teología, y, con este desconocimiento de lo esencial é indispensable para su misión, fija reglas para la conducta de los hombres y señala castigos para sus infractores.

El magistrado, más ignorante aún que el legislador, interpreta la ley, producto de la ignorancia y de las preocupaciones de antiguos legisladores, y se convierte en su continuador automático, concediendo más autoridad á la ley cuanto más vieja y más en oposición se halla con las modernas necesidades y las recientes demostraciones científicas, que siempre considera como perturbadoras novedades.

«Es incontestable, dice Spencer, evidente y sin embargo absolutamente ignorado, que todos los fenómenos sociales tienen su origen en los fenómenos de la vida individual, cuya raíz á su vez se encuentra en

los fenómenos vitales en general; de donde resulta la presunción inevitable de que, á menos que las relaciones entre los fenómenos vitales, físicos é intelectuales no sean un caos (hipótesis excluída por la continuación de la vida), los fenómenos que de ellos resultan tampoco pueden ser un caos: debe de haber, pues, cierto orden en la sucesión de los hechos en la esfera social; y evidentemente cuando alguien que no ha estudiado este orden acomete la tarea de regular la sociedad, está muy expuesto á producir el mal.

»La misma conclusión debería imponerse al legislador por la comparación de las sociedades. Debería serle suficientemente manifiesto que antes de intervenir en los detalles de la organización social es menester preguntarse si esta organización no tiene una historia natural, y que para contestar á tal pregunta hay que inquirir, comenzando por las sociedades más sencillas, en qué concuerdan entre sí las estructuras sociales. Este estudio de sociología comparada, á poco que se continúe, muestra la misma uniformidad sustancial en la génesis de la sociedad.»

Si las atinadas reflexiones del gran sociólogo inglés han sido desconocidas por los legisladores del pasado, dando lugar á esos códigos irracionales que rigen las modernas sociedades con las preocupaciones de la Edad Media y de la Antigüedad, no menos desconocidas son por los legisladores de nuestros días, que alcanzan esa investidura mediante las intrigas y supercherías políticas, sin prueba de capacidad, careciendo de ella casi en absoluto y dispuestos á plegarse á las exigencias de sus padrinos, sean los gobiernos, sean los comités directivos de los partidos.

Expuestas estas consideraciones vengamos al hecho que nos sirve de punto de partida.

En la *Revista Frenopática Barcelonesa* correspondiente al año próximo pasado, hallamos un artículo titulado: «Sobre el idiotismo moral —Cartas frenopáticas,» que denuncia un hecho gravísimo, de aquellos que corroen los cimientos de la actual sociedad.

Con fecha 7 de Marzo de 1885, dirige el Dr. Acha, desde San Sebastián, una carta al Dr. Giné, de Barcelona, manifestando que tiene encargo de dictaminar sobre el estado mental de un preso acusado de doble homicidio, sobre el cual tiene formado el juicio de que es un imbécil, pero no imbécil intelectual, sino que su deficiencia psíquica se refiere á los sentimientos, y por tanto su estado debe calificarse de *imbecilidad moral*. Con este motivo pide al Dr. Giné le dé alguna luz sobre el asunto, como especialista en frenopatía, añadiendo que «del efecto que su discurso haga ante el tribunal pende la vida de un mentecato, de un imbécil.»

El Dr. Giné contesta definiendo de este modo el idiotismo moral: «es un defecto *ingénito* del desarrollo de las facultades afectivas y particularmente de los sentimientos altruistas, con un grado más ó menos próximo al nivel normal del desenvolvimiento de las aptitudes intelectuales.» Expone luego los caracteres de ese defecto, resumiéndolos así al final: «vagancia, mentira, dilapidación, hurto ó robo improductivos, hi-

pocresía, comisión de grandes crímenes sin impulso pasional suficiente y acción negativa de la educación. Todo esto se echa de ver desde los primeros años de la vida del individuo. El idiota moral nace criminal: es como el artista; el criminal responsable aprende el crimen en el ejemplo.»

Acompaña el Dr. Giné las anteriores afirmaciones científicas de las siguientes consideraciones: «Los magistrados, con nuestro defectuoso código en la mano, no entienden ni quieren entender de idiotismo moral... por desgracia durará aún muchos años la confusión de estos idiotas de la afectividad con los malvados... Todos admiten el idiotismo general; todos concuerdan en que existen en la especie humana seres cuyo desarrollo frénico no alcanza el nivel común del desenvolvimiento de las aptitudes psíquicas... Los tribunales hacen arrancar la irresponsabilidad del idiota y del imbécil única y exclusivamente de su insuficiente inteligencia: opinan que si éste es egoísta, cruel, lúbrico, glotón y sucio es á causa de ser poco inteligente. En prueba de que la depresión moral ó afectiva es, en los idiotas, primitiva, y no consecuencia necesaria del deficiente desarrollo de la inteligencia, se ven muchísimos idiotas que con todo y no haber podido aprender á leer, ni escribir, ni á hablar con mediana corrección, muéstranse afectuosos para con sus parientes, tiernos y agradecidos para con los que los cuidan y perfectamente educables en cuanto atañe á las relaciones de la vida doméstica. Vense, en cambio, personas de talento más que mediano, puesto que no tan sólo leen y escriben gramaticalmente y cuentan de conformidad con la aritmética, sino que han aprendido idiomas, saben dibujar y pintar y... hasta imitan firmas y falsifican documentos, y que no obstante, jamás, aun á contar desde su más tierna infancia, han manifestado poseer ninguno de esos sentimientos de afecto, cariño, gratitud, amor, justicia, apego á lo bueno y repulsión para lo malo en que se fundan los vínculos de la familia y de la sociedad. Las cárceles y los presidios están ahitos de estos individuos.»

La ciencia habló, los esfuerzos de los Dres. Acha, Ubago y Landa se estrellaron ante las irracionales prescripciones del código y la ignorancia de los jueces; el irresponsable por defecto *ingénito*, según la ciencia, ha sido considerado como responsable por el tribunal de... justicia y ejecutado el 15 de Octubre.

Tan ignominioso atentado ha sido celebrado por la insulsa palabrería de asalariado gacetillero en los siguientes términos: «La justicia humana satisfizo á la vindicta pública el día 15 del corriente, entregando al brazo del verdugo la vida de Toribio Eguía y Esparza, el criminal de Atondo (Navarra).»

Este atropello jurídico inspira á los Dres. Jimeno y Ribas y Pujol severísimas censuras, y les lleva á la conclusión de que el código y los tribunales no conocen, no pueden conocer, la responsabilidad de un acusado, y por consecuencia sus sentencias han de ser necesariamente injustas aunque con ellas se lleven irresponsables, es decir, inocentes, al patíbulo. Y esto que ven los médicos desde el punto de vista de la freno-

patología puede desgraciadamente hacerse extensivo á todos los ramos de la sociología, que el código resuelve con preceptos impuestos por legisladores ignorantes, y que los magistrados aplican con aquel aplomo y suficiencia que despliega el ignorante revestido de autoridad.

Hágase cargo el lector de toda la gravedad del asunto; considere ese código y esos tribunales que, en nombre de la justicia, en nombre de la vindicta pública, para castigar un homicidio, ejecutan un homicidio, después de haber desoído la competente voz de un médico que afirma que la víctima designada para el homicidio jurídico era irresponsable; generalícese esta consideración y hágase extensiva á todas las relaciones sociales en que el poder legislativo y el poder judicial intervienen, dada la incompetencia de legisladores y magistrados, y se verá que esta sociedad en que vivimos no puede reposar sobre bases más injustas y se sostiene sólo por la rutina y la indiferencia.

La Justicia, esa sublime abstracción que guía los pasos de los hombres por la senda del perfeccionamiento á la perfección, pone aquí terrible veto á las leyes y á los llamados tribunales de justicia; porque el injusto asesinato jurídico que los frenópatas han visto y palpado desde el punto de vista de su especialidad, es segura prenda de que las mismas injusticias se cometen en todos conceptos.

En la sociedad del porvenir, tenemos por cierto y nadie será osado á desmentirnos, que, destruídas las causas promovedoras del crimen por la verdadera ilustración, por el trabajo atractivo y por la solidaridad sublime, el crimen desaparecerá, y si por raro caso algún criminal, loco ó malvado, recordase estos tiempos de barbarie en que vivimos, toda la masa social se conmovería sintiéndose herida en la fibra del sentimiento, herida en el inmenso amor que unirá en fraternal lazo á la humanidad toda, y aplicaría oportunamente el tratamiento patológico ó moral para obtener la curación ó la rehabilitación del desgraciado.

Pasemos ahora á considerar la pena de muerte en la parte que pretende atribuírsele de ejemplaridad.

Está probado que á mayor grado de ilustración y de bienestar corresponde notable disminución de criminalidad, y por el contrario, mayor ignorancia y miseria producen aumento considerable de crímenes. Resultado es este que no necesita demostración: todo el mundo reconoce que el hombre ilustrado y feliz ha de producir actos morales diferentes de los del ignorante desesperado; luego el crimen no se evita matando criminales, digan lo que quieran toda esa gente interesada en que siga invariable esa máquina jurídica.

No; la pena de muerte no sirve de escarmiento: ¿quién no ha oído contar casos de criminales sorprendidos infraganti á la vista del patíbulo? ¿Quién ignora que hasta se da el caso de que los incidentes de los últimos momentos de un reo llegan hasta inspirar á algunos seres pervertidos de la envidia y la emulación, como si fueran actos heroicos?

Si hubiese verdadero empeño en que los hombres siguiesen la buena senda y no se separasen, no ya de las prescripciones del código, que sólo

contienen una moral acomodaticia y que únicamente representan las preocupaciones ó los intereses de los legisladores, sino de los principios de la moral universal, todo se encaminaría á poner al alcance de todo el mundo la instrucción y la riqueza social, sin ningún monopolio ni acaparamiento irritante; pero esto ya vemos que no se hace y que lejos de ser así se opone sistemática resistencia á las manifestaciones y reivindicaciones revolucionarias, y esto último debido á mezquina consideración: ¿qué harían esa falange de jueces, abogados, escribanos, procuradores, alguaciles, etc., si no hubiera criminales? Con una justa participación de todos en el patrimonio universal, que produciría una ilustración, una moralidad y una felicidad universales, ¿cómo podrían existir esos orgullosos privilegiados, cuya satisfacción consiste en mostrarse radiantes de saber y riqueza ante la masa popular ignorante y pobre?

La pena de muerte, pues, tiene en su contra las manifestaciones de la ciencia que en muchos casos ha demostrado la irresponsabilidad de los reos, que el código no pudo prever y que los jueces desconocen por ignorancia; y la justicia, que no puede autorizar que un homicidio se castigue con otro homicidio, porque el homicidio siempre será criminal, tanto si se comete á impulso de una pasión violenta, como si quiere justificar con la satisfacción de la vindicta pública y en nombre de la ley: tiene en su apoyo la tradición jurídica, combatida por el progreso, y la soberbia de los poderosos.

En este dilema el socialismo acrático opta, en contra de la justicia histórica, por la abolición inmediata de la pena de muerte.—L.

NO HAY DOGMA ECONÓMICO

SANCIONA el código la propiedad en la forma en que actualmente está constituida, niégala su sanción la ciencia, señalando á su origen principios diametralmente opuestos á los que la atribuye el legislador.

Resulta, pues, un antagonismo entre el hecho y el derecho que entraña por una parte el ataque y por otra la resistencia, y que da origen por natural consecuencia á penosa crisis que ha de resolver en su día una evolución que formará época en los anales del progreso.

Este antagonismo trasciende naturalmente á la vida social, donde se halla representado por dos agrupaciones distintas y perfectamente deslindadas que tienen preocupaciones, ideas é intereses diferentes y opuestos.

Una de dichas agrupaciones se halla en posesión de la tierra, del capital, de los grandes instrumentos de trabajo, de la ciencia y de la autoridad; es decir, posee, sabe y manda.

La otra vive al día, no tiene más medio de subsistencia que el trabajo asalariado, sólo recibe la instrucción primaria (y eso casi únicamente en los grandes centros de población), vegeta en medio de las mayores privaciones; es decir, no posee, ignora y obedece.

En oposición con el hecho social que dejamos bosquejado se hallan estas consideraciones de perfecta justicia:

La tierra, el aire, la luz, productos naturales, anteriores al hombre y

por consiguiente anteriores á la sociedad, no pueden vincularse en una persona, en una familia ó en una categoría de personas.

El capital, trabajo producido, en cuya producción pueden intervenir diversos factores, no puede considerarse como la propiedad exclusiva de una persona, de una familia ó de una clase.

La ciencia, producto de la observación, del estudio y de la metodización de todas las generaciones que nos han precedido, no puede considerarse como el patrimonio exclusivo de los poseedores del capital.

Los grandes instrumentos de trabajo, aplicación de la ciencia á la producción, no deben ser propiedad exclusiva de un gran acaparador ni tampoco de una sociedad de capitalistas.

El desconocimiento de estas sencillas nociones ha producido las dos agrupaciones de que dejamos hecha mención, debiendo considerarse la primera como acaparadora y expoliadora, y la otra como despojada y desheredada.

Acaparadora y expoliadora, porque atesora riquezas que no produce y se reserva los medios de continuar indefinidamente el mismo acaparamiento, la misma explotación.

Despojada y desheredada, porque constituyendo la tierra, el capital, la ciencia y los grandes instrumentos de trabajo un patrimonio universal, sólo participa de él una clase constituida en mayorazgo, especie de *hereu* social, privando de la justa participación á todos los trabajadores.

Tal es el hecho que se ha querido revestir de la autoridad de derecho y que los legistas y no pocos economistas presentan como dogma social.

Nosotros, que sólo aceptamos la verdad demostrada y que rechazamos todo dogma, mucho menos aceptaremos este que en tan grande oposición se halla con la verdad y la justicia y que además es causa de males innumerables, de infinitas víctimas, y promete, dado su arraigo, continuar sus desastrosas consecuencias hasta que la razón, abriéndose paso, sustituya el actual régimen social con otro en armonía con la ciencia.

Y si combatimos el dogma en todas sus manifestaciones, ora como código, ora como argucia de leguleyo, ora como sofisma de economista venal ó adulator, combatimos no menos enérgicamente los paliativos con que se pretende hipócritamente atenuar el mal.

En efecto, dueños los acaparadores y explotadores de todas las posiciones y seguros de que no serán desalojados de ellas, fingen querer remediar el mal que de una manera tan lamentable se presenta, y reconociendo que en el individuo existe una tendencia natural al mejoramiento propio, predicán el ahorro, prometiendo á los que lo practiquen constantemente, la elevación sobre el nivel general; convencidos de que no basta tocar la cuerda del egoísmo para contener la masa de los desheredados, predicán también la caridad, y amalgamando así el egoísmo y el altruismo se produce un compuesto que pudiéramos llamar la resignación, con lo cual se logra que todos en revuelta confusión seamos víctimas y cómplices del desbarajuste social.

Respetamos el ahorro cuando no degenera en avaricia y no lleva al indi-

viduo á cometer actos de insolidaridad; respetamos la caridad, no en su sentido místico, sino considerada como sentimiento que lleva al individuo hasta el heroísmo y la abnegación por sus semejantes, pero los detestamos y no los consideramos como virtudes sino encubridores y causantes de grandes males cuando sirven de reparos y paliativos á injusticias trascendentalísimas.

En pugna con esa hipocresía admiramos la cínica franqueza de aquel economista que se atrevió á decir que el que no encontrase cubierto para sí en el banquete de la vida no tenía derecho á quejarse sino á morir.

Queremos la verdad en las ideas y la justicia en los hechos, y ejercitando nuestro derecho y sirviéndonos de la razón juzgaremos todas las doctrinas y condenaremos todos los abusos, sin que nos detenga en tan noble propósito los vanos respetos de que pretenden rodearse el error y el vicio arraigados por el transcurso del tiempo y por las influencias de los poderosos, porque juzgamos que nuestra tarea no debe limitarse á afirmar nuestro derecho de pensar libremente, que éste todo individuo lo tiene aun en los tiempos de dominación más absolutista, sino que nos proponemos quitar creyentes á todo dogma para proporcionar prosélitos á la ciencia y con ellos allegar elementos á la obra de la transformación social.—L.

SOBRE ARTE

III

Nos hemos lamentado del camino que siguen la mayor parte de los artistas, porque al exhibir al público simples estudios de la naturaleza, que ninguna idea encierran, rebajan la categoría de las bellas artes. Son muchísimas las obras expuestas que á buen seguro no tienen otra misión que servir de objeto decorativo que nada dirán ni enseñarán nada al espectador.

Mil veces se ha dicho y repetido que la causa principal de no producirse en pintura y escultura obras que revelasen artistas de primera fuerza, estaba en la dificultad de venderlas, al revés del común de las obras; no hemos de negarlo en absoluto, pero á nuestro entender mucho influye en aquello la manera de ser ó de vivir y pensar de la mayoría de los artistas. Sin salirse nunca del aislamiento de su taller, dejan de interesarse por todo cuanto consideran profano al arte, encerrándose de este modo en un círculo de acción tan reducido que sería insoportable para todo aquel que no sintiera idolátrica vocación por el arte.

En nuestros días, quien no se interesa en política se interesa en materia religiosa, científica, económica ó puramente en filosofía. Y todas las clases de la sociedad se remueven y discuten y nacen nuevas ideas y nuevo espíritu. Pues en estas luchas del pensamiento ¿quién mejor que el artista y en más elevada esfera puede tomar parte? Y sin embargo es el que más se obstina en continuar alejado, retraído de tanta lucha generadora de vida y de progreso.

Pero por fortuna, si aun persiste en su particular indiferentismo por la

cosa pública y por la cosa humana, el artista ha abandonado ya aquella misantropía que un día caracterizara la clase, haciéndonos concebir esperanzas para lo futuro. Sin embargo, vive aún excesivamente concentrado en el taller, y enfrascado en su cariño por el arte, lleno de ingenuidad y buena fe, no ha llegado á comprender la fuerza que puede desarrollar en el terreno de las ideas y por los destinos de la sociedad. Y es que la belleza plástica de una cabeza de anciano ó el aspecto tétrico de unas ruinas, transportándolo al mundo de lo abstracto, absorbe completamente su atención, viviendo sólo para el arte y para su satisfacción íntima, no para la humanidad.

Mas, según hemos indicado, las corrientes tienden á transformar semejante estado de cosas entre los artistas, pero es necesario, indispensable, que éstos á la vez se esfuercen en deshacerse de los hábitos adquiridos tras las preocupaciones de cien siglos y tras las prevenciones de clase, aprendiendo á pensar por cuenta propia y á la moderna, al objeto de no malograr la afición por las bellas artes, despertada en el público desde algún tiempo á esta parte.

También es preciso que los estudios del natural, hechos simplemente como tales, no traspasen tanto el taller para invadir la exposición. Es necesario producir composiciones en las cuales el artista ponga de relieve la fuerza ó la facundia de su imaginación, al par que muestre un estudio concienzudo de la naturaleza, sorprendiendo la belleza junto con la verdad. Porque dicho se está cuán necesario es el estudio del natural para todas las producciones artísticas, y no hay necesidad de recorrer al testimonio de celebrados maestros para afirmar que las grandes obras de la pintura y escultura no han brotado absolutamente espontáneas de manos del autor, sino previo estudio detenido y sufriendo serias correcciones antes de llegar á la producción definitiva.

Para iniciar una nueva era en el arte conforme á los ideales modernos, no importa el género á que se dedique el artista: historia, costumbres, paisaje, todo, en fin, es susceptible de amoldarse á un criterio revolucionario ó á una aspiración bien definida de progreso, cabiendo esto perfectamente en las más puras manifestaciones del arte. Más aun: estamos persuadidos que si los artistas se propusieran un fin, mostrarán una tendencia determinada en sus obras, tomando parte en la batalla del presente para lo porvenir, muchos se abrirían ancho campo donde poder cimentar una fama tal vez universal, porque rompiendo con la rutina hallarían un manantial fresco é inagotable de inspiración que no existe en los moldes raquíticos del convencionalismo antiguo ni en las ideas sobre las cuales el tiempo no ha transcurrido en vano.

Las artes y los artistas pasan en la actualidad por un periodo de transición: ni aceptan ni están con lo antiguo, pero como no ven de una manera clara el problema latente, tampoco se deciden á sentar sus reales en el campo del ideal moderno, campo virgen aun para el arte.

Si en las exposiciones modernas el espectador no siente mover su sensibilidad ni se halla impresionado como en los museos ante las obras de

los antiguos maestros, es porque al artista moderno le falta fe en un ideal, y no puede comunicar á sus obras un calor que él no tiene; porque el artista de hoy ni es religioso ni ateo, tal vez ni escéptico: no pasa de indiferente, y las producciones del indiferente son frías, insípidas y torpes como su dormida sensibilidad. El artista, fijos los ojos en un *más allá*, ha de hallarse identificado con los sentimientos de su tiempo ó de los que imagine dominarán en lo porvenir, para expresarlos gráfica y vigorosamente, haciendo vibrar la cuerda sensible en el hombre ó hablar á su inteligencia con el doble lenguaje del arte. Como la oratoria sirve para expresar el pensamiento en forma de discursos, la pintura y escultura deben servir para expresar ideas útiles en forma de cuadros y estatuas.

¿Por qué nuestro Zamacois consiguió llamar la atención hasta de los altos poderes del Estado? Porque tenía originalidad y el pensamiento fijo en algo más que en el arte. Y su originalidad reconocía por base el haber emprendido con buen criterio artístico un camino distinto del de la generalidad. No quiso confundirse en el común de las medianías y auxilio al progreso con la intención de sus obras.

A la estudianta pléyade de jóvenes que ávidos de alcanzar fama y de distinguirse, cultivan las bellas artes; á ellos recomendamos emprendan nueva vía. La ocasión es altamente propicia; un público numeroso dominado consciente ó inconscientemente por el buen gusto, invade las exposiciones y pasa la vista con interés por las páginas de libros y periódicos ilustrados. Es aventurado creer que afición tan decidida dure siempre, si el público ve día tras día defraudadas en parte sus ilusiones por falta de novedad y atractivo serio en las producciones artísticas.

Conviene, pues, ó conducir la opinión y tendencias de este público hambriento de algo que todos sentimos y difícilmente explicamos, ó dejarse llevar por las corrientes del mismo público.

Nosotros aconsejaríamos lo primero, en la creencia que si los artistas se dejaran llevar de la corriente, el arte, que hoy vislumbra un porvenir descendería hasta confundirse en un lastimoso mercantilismo.

¿Sabrán entenderlo así tantos jóvenes amantes del progreso que en centros y academias prueban sus relevantes cualidades?

Del tiempo y del esfuerzo de los hombres esperamos todo progreso.—C.

LA DÍNAMITA

EN Aldaya, provincia de Valencia, ha ocurrido recientemente una explosión en una fábrica de dinamita, que ha ocasionado muchas víctimas.

Esta horrorosa catástrofe, debida á falta de precaución, demuestra cuán necesario es vulgarizar los conocimientos técnicos referentes á dicha industria, para que todo el mundo conozca la manera de fabricar y manipular la dinamita, y sepa el modo de manejar sin peligro este terrible agente explosivo.

Este conocimiento es tanto más necesario, cuanto que los más expuestos á ser víctimas de deplorables accidentes son, los pobres asalariados,

cuya ignorancia del peligro les lleva á cometer peligrosas imprudencias que suelen pagar con la vida. Por esta razón principalmente nos hemos decidido á efectuar este trabajo.

Nitro-glicerina.—El residuo más importante de las fábricas de jabón montadas según los últimos adelantos es, sin duda alguna, la glicerina, sustancia sumamente pacífica y de gran aplicación en medicina, perfumería y estampados. El maravilloso poder de las combinaciones químicas, que transforma á dos cuerpos eminentemente corrosivos, como el ácido sulfúrico y la sosa cáustica, en un purgante inofensivo como es el sulfato sódico, viene á producir un efecto contrario al transformar á la dulce y suave glicerina en un agente de destrucción, gracias á su combinación con el ácido nítrico. El resultado de dicha combinación es lo que se llama *nitro-glicerina*, cuyo poder expansivo es *ciento diez veces* superior al de la pólvora de cañón.

El volumen de gases que da la nitro-glicerina al arder es tres veces el que da la pólvora ordinaria.

La nitro-glicerina se prepara vertiendo una parte de glicerina en cinco de ácidos nítrico y sulfúrico, mezclados en la proporción de uno á dos. Lo mejor es colocar la glicerina en un frasco y la mezcla de ácidos en otro y hacer salir un chorro de cada frasco con objeto de que se reunan en un serpentín de cristal refrescado con agua. La nitro-glicerina formada cae en el agua, diluyéndose el exceso de agua.

Cuando la fabricación se hace en grande escala, se usa una caldera llena de agua, en cuyo interior va otra de plomo que lleva en su interior un serpentín rodeado de agua, á fin de refrescar la mezcla de ácidos y glicerina que pasan por dicho serpentín.

Bastan pocos minutos de contacto entre los ácidos y la glicerina para obtener la nitro-glicerina. Esta se lava bien con agua y puede obtenerse sólida por evaporación. Cuando líquida, se presenta bajo la forma de un aceite amarillento, pesado, y que el menor choque hace detonar con una violencia inaudita.

Se la envasa en vasijas de caouchuc ó gutapercha para que no estalle tan fácilmente, gracias á la elasticidad de estas sustancias.

La principal precaución que hay que tomar al fabricar la nitro-glicerina, es tener los cuerpos componentes constantemente rodeados de agua fría, á fin de neutralizar los desastrosos efectos que produciría el calentamiento ocasionado por la combinación química.

Después de fabricado el agente explosivo, hay que tener mucho cuidado en evitar el menor choque y el contacto con cualquiera partícula inflamada ó incandescente.

Dinamita.—La dinamita no es más que la nitro-glicerina mezclada con un cuerpo poroso que la retiene entre sus poros, y que suele ser la arena ó polvo de carbón. De este modo se obtiene un cuerpo casi tan explosivo como el anterior, pero mucho más fácil de manejar.

La cantidad de nitro-glicerina no debe nunca exceder de la necesaria para saturar el cuerpo poroso.

La dinamita es algo pastosa; se congela á temperatura inferior á cero grados. Siempre que no esté comprimida, se le puede pegar fuego sin peligro, pues arde sin estallar; pero cuando está comprimida, su fuerza expansiva es considerable, gracias á la presión de los gases que se forman y necesitan abrirse paso.

Para hacer la dinamita, se extiende la materia porosa en polvo muy fino; se extiende dentro de una caja de plomo, se añade *poco á poco* la nitro-glicerina y se amasa con una espátula de madera. Luego se introduce en el cartucho, que suele ser de caouchuc, gutapercha ó metal. Cuando pequeños, son de papel apergaminado; cuando grandes, de metal.

Cuando en un barreno falla un cartucho, es muy peligroso sacarlo; mejor es hacerlo estallar por medio de otro cartucho á base de piroxila.

Cuando la voladura se ha de hacer debajo del agua, se emplea la electricidad.

La mejor dinamita es la que tiene por base porosa la *piroxila*, pues se la puede conservar mucho tiempo debajo del agua sin que se altere y sin que haya peligro de explosión.—T.

LOS CABALLEROS DEL TRABAJO

TOMAMOS de nuestro colega *The Commonsweal* del 15 de Mayo, los siguientes datos acerca de la sociedad que ha promovido la reciente agitación en los Estados Unidos.

Los Caballeros del Trabajo, constituídos de una manera algo parecida á la Masonería, forman, no solamente una federación de asociaciones de oficios, sino que abrazan también á «secciones varias» compuestas de individuos que no caben en ninguna de las sociedades de oficios constituídas; v. gr., dependientes de escritorio, almacenistas, peones, etc., excluyendo tan sólo á los abogados y taberneros. Su objeto es la organización universal y completa del trabajo, productivo y distributivo, sin distinción de raza, creencia ni color, y por esto hay en la Sociedad individuos de las más diferentes profesiones con muy diversas costumbres y muy distintos modos de pensar. Su programa es en parte socialista, pero redactado de modo que permita la entrada de los menos avanzados, cometiendo los iniciadores, lo mismo que los actuales directores, el error fatal de tratar de asegurarse el apoyo de los «flojos» encubriendo el verdadero alcance de sus demandas, sin comprender que á la primera ocasión que las circunstancias les obliguen á hablar claro, este apoyo les ha de faltar.

La fuerza de la Orden estriba en su vasta ramificación sobre todas las clases y especies del trabajo; mas esto constituye también su gran debilidad. Uniendo gran número de hombres de todos los oficios, pueden ejercer una presión enorme sobre cualquier establecimiento suelto con que surja alguna dificultad; por su gran arma el *boycott* (proscripción ó entredicho) ha conseguido ya meter en cinta á un gran número de casas hostiles; pero en una cuestión como la del jornal de ocho horas, ó cualquier otra concerniente á las relaciones generales del trabajo con el ca-

pital, esa misma extensión impide tener un objeto concreto y bien determinado; como lo prueban los sucesos del pasado Mayo.

Desde meses preparábase abiertamente una huelga universal, que había de estallar el 1.º de Mayo y terminar tan sólo cuando la victoria quedase asegurada en toda la línea, y el conocimiento de esto enconaba todas las cuestiones que inevitablemente habían de surgir por la «depresión industrial» de cada año, que es una de las pocas resultas ciertas del actual método caótico de producción. Entre los mineros, feroves, tranviersos y ferrocarrileros, la guerra se ha hecho con animosidad y decisión. Un caso notable, el de la lucha, en el ferrocarril del Misurí al Pacífico y sus ramales, entre el archimonopolista y explotador típico Jay Gould y los Caballeros, se originó por la tentativa del primero de aumentar las horas de trabajo; algunos Caballeros protestaron y fueron despedidos; la Orden los amparó y resultó la huelga, procurándose disuadir, y en caso necesario impedir de trabajar á los obreros no asociados que se presentasen para resistir á los huelguistas. Las autoridades, por supuesto, no dejaron de enviar tropas para mantener el orden y obligar á los no asociados á cumplir sus compromisos. Varias colisiones tuvieron lugar entre la tropa y los huelguistas, ayudados por la generalidad de los obreros. Repetidas veces fueron «suprimidos los tumultos» (según la fraseología de la prensa burguesa, tratándose de la dispersión de reuniones muy pacíficas del pueblo) y la irritación fué creciendo y continúa todavía. Es probable que Gould ganará, porque puede gastar parte de sus millones para pagar servidores que le protejan los restantes, y es al menos unido consigo mismo, mientras que durante todo el curso de la huelga ferrocarrilera, y más aún desde la huelga general de 1.º de Mayo, la tendencia á la disgregación se ha evidenciado en la Orden, inclinándose la parte más inerte de los socios á contentarse con mejorar un poco su situación, aun con obtener fundada esperanza de mejorar, al paso que los más adelantados desean pegar fuerte, ya que se ha empezado á andar á palos.

Los jefes han hecho esfuerzos frenéticos para empujar á los unos hablándoles de las tropelías que sufre el trabajo, y para contener á los otros recordándoles los derechos de la propiedad, logrando tan sólo poner en evidencia la futilidad de querer manejar como ejército homogéneo á un agregado de hombres para el sostenimiento de una medida que á la mitad de ellos les parece demasiado radical, mientras que los otros hace tiempo que van mucho más allá.

Muy instructiva es la extremada franqueza con que ambas partes declaran, que para un arreglo definitivo habrá que apelar á la fuerza. No cegados por la superstición de un gobierno «por la gracia de Dios,» no siendo «defensor de la fe» ni descendiente en línea recta de un ladrón notorio, el plutócrata americano apoya con brutal candidez sus pretensiones á la posesión en su habilidad de adquirir y guardar.

La escala social de los Estados-Unidos tiene menos peldaños que la nuestra, dividiéndose la sociedad más marcadamente en los que tienen y los que no tienen, y, como se comprende fácilmente, el gran desarrollo

del sistema moderno del tráfico de beneficios y de la especulación con su resultado lógico, un núcleo de reyes del dinero que disponen de todos los recursos, de todo el poder de la Unión, hacen que la tiranía del rey Capital sea vivamente sentida, y amargamente resentida por un pueblo que políticamente es libre, en un grado que despierta la envidia de los radicales ingleses, pero que socialmente es tan esclavo como nosotros.

MISCELÁNEA

NUESTRO querido colega *Le Revolté*, después de dirigirnos algunos elogios que le agradecemos sinceramente, dice: «No tenemos que objetarle más que su título, que, aunque tendiendo casi al mismo fin, no sustituye al de Anarquía. El cambio de nombre no ayudará ciertamente á hacer aceptar la idea de sociedad sin gobierno, y Acracia tiene un sentido más restringido que Anarquía.»

En contestación debemos decir que negamos el casi (*à peu près*) que el colega interpone entre ambas ideas, como igualmente su última afirmación. En efecto, tenemos por cierto que los que conocen el valor de las voces griegas de donde nuestro título se deriva pueden demostrar que Acracia tiene un sentido más lato que Anarquía. Por otra parte, lejos de nuestro ánimo querer establecer competencia de palabras, sólo nos ha movido el deseo de enriquecer el vocabulario socialista con una nueva palabra sin perjuicio de nada ni de nadie.

Durante los seis últimos meses, cuatro grandes compañías inglesas de ferrocarriles han recaudado un total de 293 millones de pesetas, de los cuales hánse invertido 73 para el mejoramiento de las vías y reparación del material, etc., etc., y 68 en salarios, incluso ingenieros y directores, quedando, en consecuencia, un remanente de 152 millones para los accionistas.

Teniendo en cuenta que los 73 millones para el mejoramiento de las vías, resultan á favor de la Compañía, se deduce que al capital le corresponden 225 millones y 68 al trabajo.

Estos datos no pueden ser más elocuentes, tanto más si se tiene en cuenta que los 68 millones invertidos en salarios no producen interés, por ser gastados en seguida, mientras que los 225, colocados al 6 por 100, reditúan al cabo del año la friolera de 13 millones y medio.

¡Y vayan ustedes á buscar armonía entre el capital y el trabajo!

La circunstancia de retrasarse algún día la publicación del presente número nos ha permitido tener noticia de haberse inaugurado la Exposición Internacional Obrera del Trabajo, destinada, según la prensa francesa, á hacer una experiencia de colectivismo industrial y demostrar lo que son capaces de hacer los obreros organizados corporativamente.

Las bases de la experiencia proyectada son: la sociedad colectivista, representada por la villa de París, suministra el capital y las primeras materias, los obreros ponen la mano de obra. El alcance de este ensayo tiende á dar una idea de la organización del trabajo y de los servicios públicos en lo porvenir.

En el acto de la inauguración se han pronunciado brillantes discursos, distinguiéndose entre los oradores el presidente del Municipio de París, que ha excitado con elocuentes frases la actividad de los trabajadores para la solución científica del problema social.

No queriendo en manera alguna prejuzgar el hecho ni su verdadero significado, volveremos sobre el asunto cuando lo hayamos estudiado debidamente.

Hemos recibido *La Vara de Esculapio*, periódico quincenal destinado á denunciar la criminal explotación que, disfrazada con charlatanería de apariencia científica, se ejerce por medio de medicamentos especiales y falsas panaceas. La energía con que el colega se expresa y la bondad de su propósito, nos le hacen sumamente simpático, por lo que, aceptando con complacencia nuestra parte en el saludo que á la prensa dirige, le ofrecemos nuestro pobre pero leal apoyo.

Le haremos notar, sin embargo, que si tiene «por indudable que toda nación debe hallarse regida por un gobierno,» no será esto tan indispensable para los fines de la vida y para el cumplimiento de la justicia, cuando el mismo «protesta del abandono

absoluto en que tienen las autoridades el cumplimiento de la ley de sanidad y ordenanzas de farmacia.» lo que prueba que con gobierno y todo se cometen y se toleran crímenes de la categoría de los que viene á exponer á la consideración pública, no pudiendo demostrar otro tanto «del estado anárquico, que no concibe el colega en una sociedad culta.»

Creemos, pues, que si *La Vara de Esculapio* denuncia criminales abusos, sin meterse en lo que no es de su competencia, llenará una magnífica misión.

El segundo número de *La Tribune des Peuples* contiene el siguiente Sumario: A nuestros suscritores y lectores, la Administración. — Por qué somos anarquistas, Reclus. — La revolución en la educación, Cassius. — Los aldeanos en el Japón, Metchnikoff. — La transformación, Cassius. — Calorificación de las ciudades por el fuego central, Cassius. — Movimiento social internacional. — Europa: observación general, Francia, Bélgica, España, Portugal, Bulgaria, Rusia, Armenia. — Asia: China, Persia. — América: Estados Unidos, Haití, República Dominicana, Canadá, Cuba, San Salvador, Venezuela, Ecuador, Guatemala, Méjico, Nicaragua, Costa Rica, Colombia. — Revista bibliográfica internacional: libros, periódicos, revistas. — Se suscribe en la *Librairie des Deux Mondes*, París, 17, rue de Loos.

Hemos tenido el gusto de recibir la obra de nuestro amigo Nieva *Química de la Cuestión Social*, que nos ha impresionado agradablemente. En el número próximo publicaremos nuestro juicio sobre tan importante trabajo.

Ha reaparecido nuestro apreciable colega *La Lucha Obrera*, de la Coruña. Felicitámosle cordialmente y nos felicitamos también por poder contar con la eficaz propaganda de tan decidido campeón de las reivindicaciones proletarias.

BIBLIOGRAFÍA

El Problema de la Emigración en Galicia, Memoria premiada en el Certamen de Reus, por Ricardo Mella y Cea. — Escrito este trabajo para un Certamen celebrado en Vigo, fué desechado por el jurado, faltando á las condiciones de la convocatoria, á causa del radicalismo sociológico que le informa. El jurado del Certamen de Reus, más sensato que los literatos calificadores de Vigo, buscó la verdad sin preocuparse de puerilidades, y encontró en la Memoria de nuestro amigo Mella lo que hemos encontrado nosotros: extensos conocimientos económicos, raciocinio lógico y soluciones justas, y todo esto contenido en un estilo modelo de concisión y claridad, hasta tal punto que es imposible hacer un extracto, ya que todos los pensamientos son datos imprescindibles y hállanse expresados con sobriedad admirable.

Comienza el trabajo por un estudio sobre la población y las subsistencias en el que rebate las teorías de los economistas, concluyendo por afirmar que «en tanto no se halle el elemento que haya de restablecer la armonía universal, como dice Fourier, Malthus y sus sectarios tienen razón.»

Establece como causas de la emigración: «La organización de la propiedad con todas sus consecuencias de subdivisión, monopolización y subordinación; la insolidaridad de los productores y la carencia de instituciones de crédito, origen principal del espantoso desarrollo de la usura, el monopolio del capital, estancamiento de los productos é imposibilidad, por tanto, de que una gran masa de la población pueda obtener trabajo ni lo necesario á la subsistencia, y la ignorancia y miseria generales.»

Reconociendo que las circunstancias especiales de Galicia obligan á plantear el problema de diferente modo que en comarcas donde las circunstancias sean diferentes, propone el autor la asociación de los labradores gallegos con el fin de alcanzar la reciprocidad de los servicios y la garantía mutua, con lo que se produciría: mejor organización de la propiedad, solidaridad y crédito entre los productores, superioridad evidente de las subsistencias y del capital circulante sobre la población y el número de braceros, nivelación de ambos términos por medio de la organización y del cambio, eliminación de la miseria y de la ignorancia, con lo cual la emigración no tendría razón de ser.

Ilustra este trabajo multitud de preciosos datos estadísticos en apoyo de sus afirmaciones.

Si no conociéramos ya la competencia de nuestro amigo Mella en cuestiones sociales, el examen de la memoria que nos ocupa bastaría á demostrarla. Réstanos ahora dirigir á nuestro compañero una excitación pública por medio de la presente en la seguridad de que será atendida. Nuestros enemigos tienen grandísimo interés en propa-

gar sofismas y producir desajustes á los que aspiran á la reivindicación social de los desheredados, mayor debemos tenerle nosotros para combatirlos, y quien, como Mella, tiene competencia y corazón debe trabajar sin descanso.

A Questao Social, as Bodas reaes e o Congreso republicano, por J. Carrillo Videira, es un folleto de propaganda *democrática y republicana*, que por eso mismo carece de interés *acrático y revolucionario*. Considera el casamiento del real heredero portugués con la princesa de Orleans como una provocación á la República francesa, discute varios episodios de la vida interior del partido republicano portugués y proclama la conveniencia de la celebración de un Congreso republicano. Hemos buscado cuidadosamente la cuestión social indicada en el título, y si bien hemos hallado al principio ciertas declamaciones de color socialista, pierden todo su valor al dejarlas supeditadas á las economías que resultarían del planteamiento de la república, comparada esta forma de gobierno con la monárquica. Como estamos persuadidos que ambas maneras de gobernar son tiránicas y depresivas para la dignidad humana y la revolución social ha de anular todas las formas de gobierno, encontramos poco interesante el asunto, y sentimos de veras que la fogosidad y bríos del autor se malgasten en tan poca cosa.

Su Excelencia Eugenio Rougon, de Emilio Zola, traducción española publicada por «El Cosmos editorial.» — Esta obra tiene por objeto demostrar cuán prostituido se hallaba el parlamentarismo bajo la dominación de Napoleón III, y señalar de paso el antagonismo patente que de todos modos existe entre el sistema parlamentario y la democracia.

El protagonista Eugenio Rougon, presidente del Consejo de Estado al principio, cesante luego, ministro del Interior y jefe del Gobierno después, es un abogado de Auvernia que ha llegado á los puestos más altos, valiéndose de toda clase de intrigas y bajezas. El autor ha querido retratar al ex-ministro bonapartista Eugenio Rouher y ha logrado plenamente su objeto. Los personajes más importantes del segundo imperio figuran en la obra con nombres supuestos unas veces y con sus nombres verdaderos otras. El personaje de Clorinda, aventurera italiana, que llega hasta á derrumbar ministerios y obtener del emperador una cartera para su marido á cambio de una noche de orgía, está trazado con una maestría de que sólo es capaz el gran escritor naturalista.

La traducción deja muy poco que desear, á pesar de la dificultad que hay en traducir esta clase de libros.

Las señoras de Mont-Croix, novela romántica de Jorge Ohnet, á pesar de la fama de su autor, tiene mucha superficie y poco fondo.

La Muerta, de Octavio Feuillet, es sin duda alguna la peor de las obras que ha publicado tan notable escritor. Nosotros, que hemos saboreado sus principales obras, no podemos volver de nuestro asombro al ver la parcialidad y la falta de lógica que ha desplegado en el libro que nos ocupa, extrañándonos sobremanera que una casa editorial tan sensata como «El Cosmos editorial» lo haya escogido para traducirlo al castellano.

El autor viene á decir que un hombre no puede ser feliz sino casándose con una devota. Para lograr su objeto nos presenta á una libre-pensadora, Sabina, que envenena á la cristianísima y virtuosísima mujer de un conde, por hallarse prendada de su marido. Y al cabo de un mes de matrimonio, esa mujer confiesa que ya le ha pasado por completo la pasión que la llevó hasta el crimen. ¿Es esto lógico? ¿Es esto verosímil? Y aunque así fuera, aunque tales corazones existieran, ¿serían, como pretende el autor, patrimonio exclusivo de las libre-pensadoras?

Repetimos que no hemos podido reconocer al discreto autor de *Le journal d'une femme*, en el autor de *La Muerta*. Allí probaba que conocía perfectamente el corazón de la mujer; aquí prueba, ó que lo desconoce por completo, ó que no teme sacrificar la verdad y la justicia al espíritu de secta y á la preocupación.

Parece verdaderamente que el autor haya sido pagado por las gentes de sacristía, y que no ha sabido luego desempeñar el papel de mercenario.

ADMINISTRACIÓN

Para que ACRACIA continúe publicándose con 16 páginas, como el presente número, sin aumento de precio, es necesario que nuestros suscritores paguen con puntualidad. Los que así no lo hagan nos obligarán á retirarles el envío. Rogamos á nuestros suscritores fomenten la suscripción. Recordamos que este es el último número del primer semestre.

MOVIMIENTO SOCIAL

Es la opinión pública un cuerpo pasivo impresionable, que se mueve á impulso de excitaciones exteriores y que refleja al exterior las impresiones que recibe. La duración de estas impresiones suele ser corta, toda vez que tiene para neutralizarlas, ya las preocupaciones, ya impresiones nuevas que van borrando sucesivamente las anteriormente recibidas.

Ocurren los sucesos de Londres, llegan noticias de que una muchedumbre de obreros sin trabajo se habían reunido para protestar de una sociedad que les sume en la miseria y la desesperación después de haber contribuido á la creación de inmensas riquezas; sábase que aquellas gentes habían cometido algunos atropellos antes de disolverse, y la opinión se indigna contra unos hombres que, reducidos á la ignorancia y á la desesperación, habían cometido un exceso, y no se fija apenas en los males innumerables que la sociedad cometió antes con ellos y seguirá cometiendo hasta que ellos mismos alcancen fuerza para hacerse justicia.

Sobreviene la famosa huelga de Decazeville, la multitud, inspirada por ciega indignación, destroza un mayordomo, representación del poder de una compañía que se apoya en la ley para usurpar el producto del trabajo de un número inmenso de trabajadores, y también la opinión, manifestada por la prensa política, lanza algunas hipócritas jeremiadas sin la menor importancia; luego, aunque la huelga bien sistematizada se prolonga meses y meses, y dura aún, la opinión la abandona; fijarse por más tiempo necesitaría estudiar, y la opinión no estudia; de modo que, aunque aquella huelga se sostiene, ha perdido ya interés para ese conjunto de escépticos que constituyen la opinión.

En Bélgica ocurre una sacudida: la extremada explotación, que ha producido allí el perfeccionamiento de algunas industrias, lanza á los trabajadores á la calle para buscar un desahogo, protestando de su estado. Proceder tan poco correcto pone al gobierno en el caso de oponer la fuerza pública á los alborotadores; de sus resultas hubo sangre y ruinas, pero el orden está ya restablecido y, si no se alborota en las calles, se oprime y explota en las fábricas, se vegeta en miserables tugurios, se muere en los hospitales y hasta se destroza en anfiteatro anatómico, que los pobres, hasta después de muertos sirven para enseñar á curar á los ricos, y todo ha quedado allí con esa tranquilidad que tanto apetecen los privilegiados de todas clases, la del manso lago cuyo fondo está lleno de cieno nauseabundo.

Hasta la Unión americana, esa gran nación que fundaron aquellos puritanos que huieron de Europa por no someterse á la reacción monárquica que venció á la revolución inglesa, ha oído clamores de explotados y oprimidos que protestan contra la tiranía y el despojo que autorizan las leyes de la gran república. También la joven y vigorosa república norte-americana ha derramado sangre de trabajadores, lo mismo que cualquier decrepita monarquía de Europa, también los sucesores de los puritanos se han dividido en explotadores y explotados, y, puestos en esta falsa vía, han progresado extremadamente, siguiendo el impulso que todo lleva en aquel país, y hoy pueden las viejas monarquías aprender explotación en la patria de Washington.

Para la opinión, mientras en la vía pública no resuenen los gritos de masas alborotadas pidiendo se les conceda medios de subsistencia reclamando su derecho á la vida, todo está en orden; el orden es el silencio y la quietud, aunque quietud y silencio encubran privilegios, usuras, monopolios, ignorancia, hambre, muerte y todo género de injusticias sociales.

Esta manera de entender el orden tiene, como legítima consecuencia, una manera equivocada de entender la anarquía, y los esfuerzos que los ácratas hacen para hacer comprender que el desorden es el error erigido en organismo social, sustentado y mantenido por todos los gobiernos, se estreñan contra tan absurda preocupación y cuesta un trabajo inmenso abrir paso á las ideas acráticas por entre los vicios gubernamentales de que la opinión no quiere desprenderse.

De todos modos, el progreso sigue su curso, y las manifestaciones que las reivindicaciones sociales han producido en los primeros meses de este año son producto de una causa que no ha desaparecido; si la opinión lo juzga de otro modo en vista de la relativa calma del momento presente, no tardará en ofrecerse nuevo motivo para que reciba nuevas impresiones, y si quiere dejar esa actitud pasiva, impropia de colectividades de edad de la facultad de pensar, no tiene más remedio que estudiar y ejercer su legítima influencia, y así podrá lograr que el orden no se altere nunca, porque podrá hallar el orden científico y racional sobre que debe basarse la sociedad humana y con él la calma de la felicidad y de la justicia.—L.

Establecimiento tipográfico-editorial LA ACADEMIA, de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona

ACRACIA

REVISTA SOCIOLÓGICA

Publicación mensual de diez y seis páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero	Julio de 1886	La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona
	Año I	N.º 7

REFUTACIÓN DE UN SOFISMA

EL socialismo moderno es el desarrollo del generoso pensamiento de los utopistas de los siglos xvii, xviii y primera mitad del xix, serie brillante de pensadores, gloria de la humanidad, que comienza en Tomás Moro y acaba en Sixto Cámara, y en la cual brillan en primer término los nombres de Vives, Campanella, Helvecio, Mably, Morelly, Owen, Fourier, Saint-Simon y Cabet.

Tal es hoy su desarrollo, que se extiende á límites superiores al número inmenso de socialistas que se organizan, discuten, escriben y se agitan en todo el mundo civilizado; llega hasta influir en los indiferentes, en los que dedican su pensamiento y su actividad á distintas esferas y hasta en sus mismos enemigos. La ciencia, provista de sus perfectos instrumentos de análisis, recorre hoy la inmensa escala que separa los infinitamente grandes de los infinitamente pequeños, eleva la dignidad humana por los méritos de su propio pensamiento y destruye la ficción mitológica que forjaron los hombres de las primitivas sociedades; el arte, falto ya de aquellos ideales sustentados por la fe, se arrastra decadente, deja que vegeten como medianías los artistas formados en las antiguas y agotadas escuelas, y da aliento á los jóvenes atrevidos que se lanzan al descubrimiento de nuevas fuentes de inspiración brillando ya entre ellos los que se han distinguido con producciones que combaten la tradición; la política, en su parte positiva, dedicada á mantener el orden y regir las sociedades, se ve obligada á sacrificar parte de los intereses creados para hacer concesiones á las masas proletarias, y en su parte ideal, acentuando cada vez más su aspecto revolucionario, pide como una gracia á los socialistas que aplacen su propaganda y su organización hasta que haya llevado á la práctica su programa; la producción, que hasta ahora dominó en el mercado fijando el valor en vista de los intereses del capital, vése hoy precisada á contar con las exigencias impuestas por las agrupaciones de trabajadores; hasta las costumbres, que venían siguiendo la rutina tradicional, se modifican visiblemente cada día con arreglo al espíritu del siglo, caracterizado principalmente por la actitud socialista de las masas proletarias.

Frente á esta invasión socialista que á todo alcanza levantanse algunos pensadores eminentes á oponerse á sus progresos, y su autoridad atrae á conservadores y oportunistas hasta el punto de vernos amenazados de la formación de una escuela conservadora en nombre de la ciencia.